

...recuerde el alma dormida

La Torre de la inmortalidad

I

Como una proa emerges en la Tierra de Campos
con la luz de los días que lentamente evocan
la tristeza del barro y los ardores del viento
en tu impasible rostro de arcilla maltratada.

Fija en un tiempo que ya ni pasa ni regresa
frente a la vida que, bajo los tejados, parte
su pan de amor caliente duelos y esperanzas
de risas callejeras y voces que maldicen.

En tu esquina de ciego te acompaña la noche,
la lluvia que acaricia tu cascarón de piedra,
el clamor del ocaso, lejanos traqueteos
del carro que transita los caminos de siempre.

Y esa mirada lenta de todos los que pasan
midiendo la distancia de siglos amansados
con sólo esa presencia vertical y silente
con que sin prisa te alzas por un cielo constante.

II

Una mano de ausencia te arrancó la campana
hundiendo en el silencio la vida de unos hombres
que van y vienen domesticados por la muerte
buscando a su Dios por un surco interminable.

¡Qué sueño de aleluyas guardarán tus maderas
picadas por la garra del polvo y el vacío
cuando ya no hay respuesta para esa voz que dicta
con las figuras del retablo un lánguido credo!

Panera de silencios la torre quebrantada
acurruca los santos mutilados y tristes,
los estandartes viajeros de un negruzco dorado
vencidos gladiadores de antiguas romerías.

Anclada en esta espera, quizá Dios aún regrese
con su soplo final desde el monte más lejano
redimiendo en la luz de su mirada eterna
el tiempo y el olvido que ya no comprendemos.

Becerril de Campos, 1968.
ANDRÉS G. NIÑO